

Whitman, otro testamento traicionado

Uno de los acontecimientos del curso ha sido la aparición de la novela de Whitman, «Jack Engle»

con ellos y por eso he leído *Jack Engle* con enorme interés e incluso devoción, pero como suele decirse en recio castellano, una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. *Jack Engle* tiene evidentes raíces en el folletín y el melodrama, también un ingrediente importante en el arte excelsos de Dickens, cuyo arte Whitman pretende imitar.

Obras toscas

Cuenta la vida de un tal Jack Engle, hijo adoptivo de una pareja humilde cuyo sueño es que se convierta en abogado, y que a pesar de su falta de interés por esa profesión entra a trabajar con un tal Covert, abogado corrupto y malvado. Hay un crimen en el pasado que poco a poco se va desvelando y también numerosos personajes secundarios y finalmente una historia de amor, y casualidades patéticas, y confesiones, y cambios de fortuna, como en cualquier folletín. El problema es que Whitman es un narrador inexperto y no sabe organizar su narración ni tampoco decirse por un tono, por un ritmo tratado el año pasado y que ha sido también el descubridor de *Las vidas y aventuras de Jack Engle*, que nos permite tener en nuestras manos eso que nunca

WHITMAN ES UN NARRADOR INEXPERTO Y NO SABE ORGANIZAR SU NARRACIÓN NI DECIDIRSE POR UN TONO

podríamos haber imaginado que existiera: una novela escrita por el mismísimo Whitman. Se trata de un acontecimiento literario y es lógico por su ausencia porque el autor no sabe qué historia está contando y porque carece de estrategias para contarla, para crear temas o agrupar personajes, para crear expectativas y resolverlas. No sabe relacionar unos episodios con otros ni hacer que surjan unos de otros.

«Mi mayor deseo», escribió Whitman en 1882, «sería que todas esas obras toscas e inmaduras (*crude and boyish*) cayeran en el olvido». Otro testamento traicionado.

Vida y aventuras de Jack Engle



W. Whitman
Narrativa
Ediciones del viento, 2017
160 páginas
17 euros

ghers, mujer de Wifredo Lam, cuyos testimonios contribuyen a que se conozcan los extremos del viaje, aunque la obra de la citada Holzer no aparezca en la bibliografía. Eso sin hablar de un pasaje de enorme variedad e interés, como muestra la presencia de algunos colaboradores de Fritz Lang.

Casi todos ellos comparten estancia en la ciudad mediterránea -cuyo Port Vieux no tardarían en destruir los alemanes mientras lo fotografiaba Wolfgang Vennemann- y también travesía mediterránea y atlántica en el buque *Capitaine Paul Lemerle*, uno más entre los muchos citados. La espera en Marsella durante casi un año, el viaje transatlántico, largo e incierto y con escalas señaladas como Orán o Casablanca. La parada en la Martinica, donde aparece el poeta negro Aimé Césaire, y la postrera dispersión de cada uno de ellos a un destino americano. Eso es la esencia del libro de Jon Juaristi.

Pero decir esto es decir poco. En *Los árboles portátiles* hay, a saber, y como si fuera un ejemplo de escritura automática, digresiones acerca de literatura e historia, algo natural tenien-

do en cuenta los protagonistas: de etnología, de política, con especial atención al trotskismo y la oposición de izquierda al comunismo; de judaísmo y de su anverso, el antisemitismo; de arte contemporáneo, del islam, de geografía y de literatura de viajes, de música, de barcos, hasta el extremo de poder hablar de una poética del paquebote; de cine... Todo ello, y mucho más, combinado con alguna inclinación al *work in progress* por aquí y por allá, con referencias autobiográficas y con ciertos rasgos de humor, se reparte por el texto.

Conviene recalcar que *Los árboles portátiles* es un libro que contiene varios libros, pues los apartados y las referencias dedicadas a cada uno de los personajes -entre los que destacaría al antropólogo Lévi-Strauss-, la realidad caribeña de la Martinica o el mundo neoyorquino de los exiliados de oro darían para un texto que no desmerecería en interés del conjunto. Es este un libro tan largo, por extenso, como an-

cho por las innumerables e incabables referencias cruzadas que contiene o, si se quiere, en términos de Juan Manuel Bonet -siempre es necesario citar de dónde vienen las ideas- se puede decir que es uno de esos «libros ce- rezca» en los que, como en racimos que se engarzan, un tema trae a otro tema en un proceso que solo sabe, o debe saber, controlar el autor, que es quien elabora eso que suele designarse como el discurso.

ES ESTE UN LIBRO TAN LARGO, POR EXTENSO, COMO ANCHO POR LAS INABARCABLES REFERENCIAS CRUZADAS

Exuberancia erudita

En fin, se pueden compartir, o no, las opiniones de Juaristi acerca de lo divino y lo humano que se expresan a lo largo del libro, su decisión acerca de eludir las citas, su exuberancia erudita, sus rasgos de humor o incluso el desfile de personajes y sus referencias biográficas. Pero es indudable que estamos ante un alarde de conocimientos y de inquietudes. Cualquier lector al que le atraigan esta época y estos personajes encontrará numerosos episodios de interés. Todo por no añadir lo infrecuente que resulta que un autor español se ocupe de estos asuntos en los que lo propio del terruño no es lo esencial.

Entre tantos saberes y tan variada erudición volcados en *Los árboles portátiles* sería sobrenatural no encontrar algún error, aunque sean tan menores como adjudicar a Wifredo Lam el cartel anunciador en España de la película *Los marinos de Kronstadt*, que en realidad hizo Josep Renau (p. 162), o aludir al puerto de Moraira, la pedanía de Teulada, como «La Moreira» y situarlo entre Calpe y Villajoyosa, cuando se encuentra antes del Peñón de Ifach y poco después del cabo de la Nao (p. 217), naturalmente según se viene de Valencia, como hacia el *Capitaine Paul Lemerle*. Unas minucias que, desde luego, no afean en absoluto a un libro muy recomendable que habla de los muchos intereses y saberes de un autor de obra singular.

Los árboles portátiles Jon Juaristi



Ensayo
Taurus, 2017
464 páginas
20,90 euros
E-book:
9,99 euros

De derecha a izquierda, Varian Fry (con gafas), André Breton, André Masson y su mujer, Jacqueline, en Marsella en 1941

